

mo Espíritu, el Espíritu de verdad inmutable!... ¡El Espíritu que no toma prestada la verdad de la inconstancia y de la movilidad de las inteligencias creadas, sino el Espíritu que procede del Padre y del Hijo, y que no da sino lo que ha recibido en las profundidades de la eternidad!...

¡Cuán injustos, pues, y cuán estúpidos son los que nos censuran el creer en la infalibilidad de la Iglesia!... Nos dicen que atribuimos á los hombres, sujetos al error, la infalibilidad que sólo es propiedad de Dios. ¡Ah! no es así como nosotros los católicos entendemos la infalibilidad de la Iglesia. Sabemos muy bien que el hombre está sujeto al error, y precisamente por eso queremos ser católicos, y no queremos aceptar las doctrinas de invención humana. Sabemos también que el Espíritu Santo ha descendido sobre la Iglesia, que ha permanecido en la Iglesia, que esa lengua divina habla por la boca de la Iglesia, que instruye á los Pastores de la Iglesia, y los preserva del error. Cuando creemos en la infalibilidad de la Iglesia, no creemos en la infalibilidad del hombre, sino que creemos más bien en la infalibilidad del mismo Dios. Recordad esta patética narración de la historia eclesiástica. En el tiempo de las persecuciones paganas, una madre cristiana acababa de ser condenada á perecer en una hoguera, porque no había querido renegar de Jesucristo. Aquella virtuosa madre tenía un niño de ocho años, que había cuidado de instruir bien en las prácticas y en los principios de la Religión cristiana. El perseguidor, que no había podido conseguir que apostatase la madre, intentó por todos los medios imaginables hacer que apostatase el hijo. «Te engañas, le decía, si crees que Jesucristo es Dios.—No, no, respondía el niño; no me engaño; sé de una manera muy cierta que el único y verdadero Dios es Jesucristo.—¿Y cómo sabes eso, hijo mío? le preguntó el juez.—Lo sé

porque mi madre me lo ha dicho.—¿Y quién se lo ha dicho á tu madre?—La Iglesia.—¿Y quién se lo ha dicho á la Iglesia?—El Señor Jesucristo, que es el mismo Dios. No he podido, pues, ser engañado por mi madre, ni mi madre ha podido ser engañada por la Iglesia, ni la Iglesia por Jesucristo.—Ya verás que tu madre ha sido engañada, porque nadie podrá salvarla de la hoguera.» Y al mismo tiempo mandó que la madre fuese arrojada á las llamas. «No, no; mi madre no ha sido engañada: la Iglesia nos enseña que Jesucristo da el cielo á los que le aman y le adoran. Jesucristo, que está en el cielo, no engaña. Yo quiero participar de la suerte de mi madre.» Al pronunciar estas palabras, el niño se desprendió de los brazos del juez, se precipitó en la encendida hoguera, cayó sobre el cuerpo de su madre, y aquellas dos almas heroicas volaron juntas al cielo.

Y nosotros, hermanos míos, al ver cómo ha sabido Jesucristo convidar á todas las almas al banquete de la verdad, reconoceremos también que Jesucristo no nos ha engañado cuando prometió enviarnos el Espíritu Santo, doctor de toda verdad. Regocijémonos, pues, de encontrarnos en esta Iglesia, con la que ha prometido estar siempre, Adhirámonos para siempre á esta Iglesia, de que ha hecho, como dice San Pablo, la columna y el apoyo indestructible de la verdad (1).

SEGUNDA PARTE.

No hubiera sido suficiente que el Espíritu de Dios, descendiendo sobre la tierra, esparciese en ella la abundante efusión de su luz, por la enseñanza de la verdad. Era preciso, sobre todo, que esparciese en ella los prin-

(1) Columna et firmamentum veritatis. (I., *Timot.*, III, 13.)

cipios y los gérmenes de las virtudes por la abundante efusión de su gracia.

No olvidemos lo que he dicho al comenzar este discurso, que todas las criaturas en el orden natural han nacido del Espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas en el origen del mundo. «En efecto, dice San Cipriano, su calor vivificante es el que todo lo anima, todo lo fecunda y lo conduce á su perfección» (1). No porque el Espíritu Santo sea el alma sustancial de todos los cuerpos y de todo el universo, porque ese sería el error del panteísmo, sino porque el Espíritu Santo es el que de su riqueza da á la materia y á todos los cuerpos su propia naturaleza, sus fuerzas y sus propiedades (2).

Pues bien; lo que el Espíritu Santo había hecho en el orden de la naturaleza desde el principio del mundo, lo repitió de una manera más magnífica en el orden de la gracia al nacimiento del cristianismo.

La virtud no era menos rara sobre la tierra que la verdad. Todos los pueblos del mundo, á excepción de uno sólo, sumergidos en las tinieblas de la idolatría, se arrastraban por el fango de todos los vicios. Los filósofos, con sus sistemas de una moral enteramente humana, no corrigieron ningún vicio, ni lograron el persuadir, ni aun el inculcar una sola virtud. Aun aquellos que colocaban el supremo bien en la honestidad, no tenían bastante para dar el ejemplo de ella. Aquella supuesta honestidad y honradez no excluía de la conducta de la vida las acciones más vergonzosas, las más contrarias al orden social. Predicando la virtud, Aristóteles autorizó el robo, el asesinato y el suicidio: Platón disculpaba los amores contra naturaleza y mancomunidad de las mujeres. La

(1) Spiritus Domini, creator omnium, cujus vivificus calor animat omnia, et fecundat, et provehit. (*San Cipriano.*)

(2) Non quod ipse sit substantialis anima singulis, sed quod de sua ubertate singulis suas efficientias dividit. (*Ibid.*)

profesión de esa honradez filosófica no impedía á Cicerón el hacer matar en una sola noche seis mil prisioneros de guerra, para tener el número legal de enemigos muertos que debía dar derecho á los honores del triunfo. La severa virtud del gran Catón, según testimonio de Horacio, su panegirista, se complacía en agotar sus fuerzas y su calor con los vapores del vino, y no temía entregarse á la crápula y la embriaguez (1). Dejo á vuestra discreción y buen juicio el calcular la excelencia de una virtud que no inspiraba más que el dios del vino, para concluir por rendir homenaje á la diosa de los placeres. ¡Aquellos filósofos eran los hombres más honrados de la antigüedad, y, sin embargo, ya veis que no eran más que unos malvados!... Sé muy bien que, en una circunstancia reciente, no ha faltado quien ha tenido el triste valor de tratar de dar un mentís á la historia y á la conciencia universal. Alguno se ha atrevido á afirmar, con un descaro sin igual, que la antigüedad pagana era lo más moral del mundo, lo cual conduciría á decir que la humanidad, con todo el apoyo y todo el auxilio del cristianismo, no ha hecho más que degenerar sin cesar. Pero semejantes aserciones ni aun merecen el honor de la discusión: se encuentran bastante desmentidas por la historia y por la conciencia universal. No por eso es menos constante y probado que el orden social pagano no presenta más que un conjunto de violencias, de injusticias, de imposturas, de guerras perpetuas, de esclavitud, de torpezas ú obscenidades, de furores políticos, de falsa moral y de falsa religión. En vano buscaríais allí la humildad, principio de toda perfección moral, y la caridad, fundamento de toda prosperidad social. La antigüedad pagana ni siquiera concibió la idea de esas grandes virtudes, puesto que ni aun tomó

(1) Fertur et magni Catonis sæpè mero valuisse virtus. (*Horat., Od.*)

su nombre en sus labios; y, por otra parte, está bastante probado por los hechos que toda la virtud pagana no fué más que egoísmo y orgullo.

Mas apenas el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles en lenguas de fuego, cuando en seguida veis, al lado de las más importantes y majestuosas verdades, brotar las más sublimes virtudes. En efecto, por lo mismo que el Espíritu Santo se apareció bajo la forma de lenguas luminosas para anunciar que venía á iluminar las almas, quiso también que esas lenguas fuesen una llama abrasadora, para atestiguar que venía á purificar, santificar y fecundar los corazones. Hé ahí, pues, propagado ese incendio que nuestro Señor Jesucristo deseaba tan vivamente ver abrasar á todas las almas.

Fija desde luégo vuestra atención en esos Apóstoles, antes tan groseros, tan débiles y tan tímidos, los veis en seguida transformados en sabios, en filósofos, en héroes intrépidos, como la antigüedad no los conoció jamás. El usurero Mateo llegó á ser un Evangelista, un historiador, que supo dejarse degollar por atestiguar sus narraciones: el incrédulo Tomás fué á llevar el testimonio de su fe á las extremidades del universo. No necesitamos ir enumerándolos á todos uno por uno: Jesucristo los eligió á todos por mártires de su causa. Ved con qué calma aceptan hoy su misión, hoy que ven claramente, y sin celajes, su objeto y sus peligros. Mirad sobre todos al primero entre ellos, Pedro, ese triple renegado; Pedro, cuyo valor flaqueaba á la voz de una débil mujer; miradle hoy arrostrar á un mismo tiempo al magistrado romano, la sinagoga, el furor de la multitud y la suspicaz envidia de Herodes. ¿Podrías creer que eso fuese el resultado de un entusiasmo apasionado?... ¿Qué interés podía inflamar aquellos corazones antes tan helados? Su tranquila intrepidez basta para demostrar que no hubo ni pudo haber otro móvil que la acción del espíritu di-

vino sobre unos hombres transformados, regenerados, elevados sobre sí mismos. Oídes expresar, sin ostentación ni rodeos, el motivo determinante de aquella actitud tan nueva que tomaban á presencia de todo Jerusalén, y que sabían tomar á presencia del mundo entero: «Considerad, dicen á los poderosos adversarios de Jesús, considerad si es justo, en presencia de Dios, escucharos á vosotros más bien que á Dios. ¿Podemos dejar de atestiguar lo que hemos visto y oído?» (1) Bien pronto los veréis despreciar los calabozos, los tormentos, la flagelación, las hogueras, todos los géneros de suplicio y de muerte cruel; y lo que es humanamente inexplicable, no sólo la calma, sino la alegría inundará su corazón, y se reflejará en sus miradas y en sus discursos. Fueron apasionados, cargados de cadenas, y no los dejaron hasta después de haberlos azotado atrocemente, como á esclavos y malhechores. «Y ellos se retiran llenos de gozo porque delante de Dios habían sido encontrados dignos de sufrir los suplicios y las afrentas por el nombre de su divino Maestro» (2). Evidentemente sintieron en sí mismos los efectos de esta promesa: «Recibiréis la virtud del Espíritu Santo que sobrevendrá en vosotros» (3). Seréis penetrados, revestidos de una energía divina, que no puede venir sino de lo alto» (4). Y fueron transformados en seres nuevos, sobrehumanos, divinizados.

Por la virtud del mismo Espíritu, más tarde, diez y ocho millones de mártires de todas edades, de todos sexos, de todas condiciones, jóvenes vírgenes, ancianos, y

(1) Si justum est in conspectu Dei, vos potius audire quam Deum, judicate. Non enim possumus quæ vidimus et audivimus non loqui. (*Act.*, iv, 19, 20.)

(2) Cæsis denuntiaverunt ne omnino loquerentur in nomine Jesu et dimiserunt eos. Et illi quidem ibant gaudentes à conspectu concilii quoniam digni habiti sunt pro nomine Jesu contumeliam pati. (*Ibid.*, v, 40, 41.)

(3) Accipietis virtutem supervenientis Spiritus Sancti in vos. (*Act.*, i, 8.)

(4) Quoadusque inquamini virtute ex alto. (*San Lucas*, xxiv, 49.)

hasta niños, asombraron, desesperaron y confundieron á los más feroces tiranos, y supieron despreciar amenazas, promesas, seducciones y suplicios. Por la virtud del mismo Espíritu, no sólo los primeros cristianos, sino también los verdaderos cristianos de todos los tiempos y de todos los lugares, han sabido renunciar el oro por la pobreza, la gloria por la humillación, los deleites carnales por las mortificaciones de toda clase, la venganza por el perdón de las injurias, y el egoísmo é interés personal por la abnegación de la caridad. Sólo el Espíritu Santo ha podido infundir en el corazón del hombre y hace germinar en él esas virtudes que caracterizan al cristianismo y que son desconocidas fuera de él.

Ahora ya sabéis lo que debéis pensar de esos supuestos filósofos, que quieren establecer el orden por la fuerza, la virtud por la ciencia, y la moral sin Dios. Dejémosles practicar sus ensayos de fundar la sociedad en el derecho con exclusión del deber, en las pasiones con exclusión de la virtud, y en el interés con exclusión de la abnegación y del desprendimiento. Como los filósofos de la antigüedad, y más vergonzosamente todavía, se dispararán y perderán en la vanidad de sus orgullosos pensamientos. Los mismos filósofos paganos no dejaron de conocer algunas veces la necesidad de la acción divina. Aunque pagano, Cicerón rindió homenaje á la verdad, hoy desconocida: que toda grandeza moral no puede venir más que de la inspiración divina (1). Bajo el imperio del cristianismo sería ignominioso retrogradar aún más allá del paganismo. Como la abnegación de Jesucristo por el hombre y del hombre por Jesucristo es lo que constituye la santidad de la Iglesia, del mismo modo la abnegación de los padres por sus hijos y de los hijos por los padres, es lo que forma los lazos de la fa-

(1) Nemo unquam magnus fuit sine aliquo afflatu divino. (Cicerón.)

milia: la abnegación del poder por el pueblo y del pueblo por el poder, es lo que conserva la fuerza y la seguridad del Estado; la abnegación de los pueblos para con los demás pueblos, ayudándose y respetándose mutuamente, es lo que forma la verdadera civilización del mundo y la ventura de la humanidad. Pues bien; la abnegación no es más que el sacrificio de sí mismo en obsequio de los otros. No puede haber abnegación sin la inmolación del egoísmo, sin la caridad de Dios; y no puede haber caridad de Dios sin el Espíritu Santo, pues por el Espíritu Santo la caridad se esparce en las almas (1).

Quisiera suplirse esa falta de abnegación por el supuesto valor que inspiran las doctrinas filosóficas: pero siendo muy difícil el encontrar el verdadero principio de la virtud, la filosofía moderna ha imaginado el volver á la aparente fuerza de los estoicos. ¡Ay! en esa aparente muestra de valor no se encontrará más que la fuerza de renunciar á la fe del cristiano, la fuerza de renegar del pudor, la fuerza de someterse á todas las tiranías de la ambición: no se encontrará en ella más que la fuerza de matar la inteligencia por la incredulidad, el corazón por el deleite y el egoísmo, y el cuerpo por el suicidio. En el fondo de todas las doctrinas anticristianas, no se encuentra más que la muerte y la nada.

Por lo que hace á nosotros, sentimos la necesidad de creer, la necesidad sobre todo de creer en la caridad de Dios para con nosotros (2). Esa creencia en la caridad de un Dios que nos retira del abismo del vicio, del que el temor sólo no nos apartaría; esa creencia en la caridad de un Dios, es la que nos hace creer en la posibilidad del

(1) Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum. (Rom., 1, 5.)

(2) Et nos credidimus charitati quam habet Deus in nobis. (San Juan, iv, 16.)

perdón, y nos hace concebir su dulce esperanza. Pues bien; el Espíritu Santo es el que infunde en nosotros esa creencia, como también la dulce confianza que de ella resulta. Porque, nos dice el Apóstol San Pablo, no es un Espíritu de servidumbre y de temor el que hemos recibido, sino que el Espíritu que viene sobre nosotros, el Espíritu que Jesucristo nos envía del seno de su Padre, es el espíritu de adopción, el Espíritu que da á nuestros corazones una lengua de fuego y de amor para exclamar al cielo: ¡Oh vos nuestro Padre!... (1).

Esa creencia y esa confianza en el amor de Dios, es la que caracteriza la verdadera Religión de Jesucristo, y que siempre la distinguirá de todas las demás. El temor, necesario para subyugar á un pueblo grosero é indócil, ha dejado huellas profundas en el judaísmo. El racionalismo, con sus pretensiones de independencia y de una falsa libertad, jamás ha encontrado más que frío glacial en las relaciones con Dios. El protestantismo, rompiendo con la unidad, ha roto también con los manantiales de la caridad verdadera. Para nosotros los católicos, merced á la saludable influencia del Espíritu Santo, el sentimiento del amor de Dios es un sentimiento popular. Ese sentimiento predomina en nuestras solemnidades religiosas, y se refleja en las fisonomías de los verdaderos y sinceros católicos. Los disidentes afectan escandalizarse de él y nos oponen la supuesta gravedad y la aparente austeridad de su culto. No tienen ni tendrán jamás esa jovialidad ni ese gozo puro que es uno de los frutos del Espíritu de Dios. No saben cuánto han perdido aboliendo el dogma del perdón de los pecados unido á la confesión, y el dogma de la presencia real, origen de tantas expansiones de confianza y de amor. Su religión ha llegado á ser

(1) Non enim accipietis spiritum servitutis iterum in timore, sed accipietis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater! (Rom., VIII, 15.)

tan indiferente como el examen, tan fría como la razón, tan estéril como la disputa, tan incierta como la duda, y más de una vez, tan desgarradora como los remordimientos, tan desconsoladora como la desesperación. Pues bien; dejémosles con su religión del Sinaí, y adhirámonos á la Religión del Calvario: dejémosles con la religión del encogimiento, y atengámonos más que nunca á la Religión del amor.

Mas nosotros profesamos hoy solemnemente que el acto de amor mismo, tan sencillo, tan natural y hasta tan imperioso, cuando se trata del bienhechor universal, es un acto superior á las fuerzas del corazón humano. Hé ahí por qué invocamos hoy al que es el foco inextinguible de todo amor. Entre nosotros hay algunos que tienen necesidad de sustraerse á las impurezas del vicio, á las cadenas del pecado. ¡Ay de ellos, porque no pueden más que multiplicar sus crímenes!... ¡Su oración misma, y la expresión de su arrepentimiento, no sería bastante pura sin Vos, Espíritu de pureza! *Sine tuo nomine, nihil est in homine, nihil est innocuum.* Venid, Espíritu Santo, consumid en estos corazones enfermos todo lo que puede ser opuesto á vuestra santidad, á vuestra divina rectitud. Hay en esos corazones rebeldía, ingratitude, tortuosidad. Vos sólo podéis doblegar la dureza, enternecer los corazones empedernidos y poner fin á sus extravíos. *Flecte quod est rigidum, fove quod est frigidum, rege quod est devium.*

Se encuentran también almas piadosas, conciencias delicadas, fieles siervos y siervas de Dios, que se conceptúan dichosos con dedicarse á toda clase de buenas obras, pero que no por eso se hallan exentas de ciertos terrores involuntarios ó de ciertos abatimientos, consecuencias de la debilidad humana. Venid, Espíritu Santo, habitad por vuestros consuelos en esas almas, en las que habitáis ya por la gracia. Ningún otro que Vos posee ese bálsamo

divino de paz y de esperanza que sabéis derramar en un corazón marchito. Ningún otro que Vos puede venir en socorro de esas almas. Ningún otro que Vos puede conocer y visitar los más ocultos pliegues del corazón. Así la Iglesia os ha llamado el mejor consolador, el huésped más afectuoso, el refrigerante más dulce para el alma desconsolada: *Consolator optime, dulcis hospes animæ, dulce refrigerium!*

No lo dudéis, hermanos míos; esos ruegos serán oídos, serán atendidos. Tenemos por garantía de ello las enseñanzas de la fe, que nos muestran al Espíritu Santo obrando por sí mismo sobre los corazones por la oración, y formulando la demanda que quiere sea concedida.

Mas para asegurar mejor el efecto de la oración, no olvidemos un medio heróico entre todos. Desde que el Espíritu Santo reposó en María, y por su omnipotencia la confirió la gracia de la maternidad divina, reunida á la gloria de su virginidad sin mancha, María, esposa santa de ese divino Espíritu, ha llegado á ser la tesorera y la dispensadora de todos sus dones. Acordémonos de que María es ese tallo bendecido del cielo de que habla Isaías, que debe producir una flor única. Sobre esa flor, que no es otra que la flor nazarena, fruto de las entrañas de María, debe reposar el Espíritu de Dios con todos sus dones (1). El que desee, dice San Buenaventura, obtener alguna participación en los dones del Espíritu Santo, debe acercarse á esa flor divina: sólo por la mediación del tallo llegaremos hasta la flor, y por la flor al Espíritu de Dios (2). Es decir, que por María se llega á Jesucristo, y por Jesucristo al Espíritu Santo. Apresurémonos, pues,

(1) Et flos de radice ejus ascendet: et requiescet super eum Spiritus Domini. (*Isaías, xi, 1, 2.*)

(2) Quicumque Spiritus Sancti gratiam adipisci desiderat florem in virga quærat, quia per virgam ad florem, per florem ad Spiritum pervenimus. (*San Buenaventura.*)

con nuestras oraciones y nuestros homenajes á María á hacer que se incline hácia nosotros su precioso tallo: estando tan cerca de nosotros la flor divina, no tenemos más que tender la mano y recoger con la flor los dones del espíritu que reside en ella (1). Sí, tenemos la dulce confianza de ello; la piadosa, la misericordiosa Virgen se ha inclinado ya hácia nosotros: los dones del Espíritu de Dios se esparcen como un suave perfume por nuestros corazones. Así ha sido acogida esa fervorosa oración que hoy, de todos los puntos del globo, se eleva hácia los cielos. Dad á vuestros fieles que confían en Vos vuestros siete dones: prestad á sus virtudes el mérito que falta á su indigencia: sostenedlos con vuestra fuerza hasta que hayan llegado al término de las pruebas, y concededlos la gloria y el júbilo que no tienen fin (2).

(1) Si hunc florem habere desideras, virgam precibus flectas. (*Ibid.*)

(2) Da tuis fidelibus
In te confidentibus
Sacrum septemarium
Da virtutis meritum,
Da salutis exitum,
Da perenne gaudium.